MEXICO EN LA CULTURA Ofrece el más Singular Documento de la Literatura Mexicana

CUANDO CREI MORIR

POR ALFONSO REYES

... el primer aviso el 4 de marzo de 1944. A las tres ... madrugada, mientras yo escribía afanosamente ... páginas de intención filosófica que aún no he ...e recoger (creo se llamarán Perfiles del hom... brazo izquierdo empezó a dolerme de forma ...posible moverlo. Para sujetar mis cuartillas ...tuve, pues, que levantar el brazo con la ma... ponerlo a modo de pisapapeles. A poco —tal ...esión— oí que alguien gritaba dentro de mí, ... de mi voz a pesar mío: era yo mismo, a efectos ... que se había vuelto agudísima y ahora me afec... pecho.

...odo, entonces el mal no resultó ser orgánico, sino ...te funcional: digamos, de fatiga. Un poco de repo... México y en Cuernavaca (donde me reuní con Enri... Díaz-Canedo, también herido ya de la dolencia que ha... de llevárselo), me alivió en términos que me juzgué de...tivamente curado. Durante mi obligado aislamiento, pu... trabajar con moderación. Revisé pruebas de algunas pu...blicaciones en marcha, y sobre todo, del Deslinde; escribí algunos artículos; compaginé la segunda serie de mis Capítulos de literatura española. Hacia comienzos de mayo recobré el paso de andadura.

El segundo aviso: Desde mediados de febrero, en 1947, al regresar de un rápido viaje a Francia para presidir la Delegación Mexicana a la Primera Asamblea Internacional de la UNESCO, empecé a sentir nuevos trastornos, y por marzo caí en cama resueltamente. Esta vez el mal era orgánico, y los exámenes revelaron el primer ataque de la trombosis coronaria. A fines de abril pude volver a mis negocios. Al mes siguiente, mi Diario registra una febril actividad literaria.

El tercer aviso: A comienzos de junio, el propio año de 1947, preparaba yo un viaje a la Universidad de Princeton para recibir el Doctorado Honorario en letras (lo que sólo pudo ser el año de 1950), cuando sobrevino un nuevo ataque, exactamente la mañana del día miércoles 4. No interrumpí mis labores. Seguí escribiendo en cama, despachando asuntos del Colegio de México y hasta recibiendo algunas visitas. Sólo hacia fines de agosto empecé a recobrarme muy lentamente, y aún tardé días en abandonar mi reclusión.

Entretanto, me ocupé, cuando menos, de la traducción de Bowra (**Historia de la literatura griega**); releí por gusto a Renan (**Histoire du Peuple d'Israel**); preparé el libro **Letras de la Nueva España** fundado en la versión anterior (**Las letras patrias**, volumen misceláneo de varios autores llamado **México y la cultura**, iniciativa de Jaime Torres Bodet, entonces secretario de Educación); puse al corriente mi bibliografía; dispuse para la imprenta los volúmenes **A lápiz**, **De viva voz**, **Entre libros**, **Grata compañía**; organicé las notas para un curso del Colegio Nacional sobre la religión griega; añadí a mi **Archivo** los folletos sobre **Leticia**, **La inmigración en Francia**, **Burlas literarias**, y comencé a copiar para la misma colección los **Momentos de España** y la **Crónica de Francia** (1a. parte); ordené para posible publicación un primer volumen de mi Diario, proyecto que aún duerme; retoqué pasajes de mi inacabable Mallarmé y la inacabada **Historia de un siglo**; confeccioné el tomo de versos **Cortesía**... Sin contar poesías y artículos para revistas y suplementos literarios de los periódicos, y los arreglos con Raimundo Lida, a quien acabábamos de traer a México, para la **Nueva Revista de Filología Hispánica** que pronto habría de aparecer aquí bajo la dirección de Amado Alonso, entonces trasladado de su Instituto de Filología de Buenos Aires a la Universidad Cambariense de Harvard.

Aunque estos sucesivos ataques eran ciertamente más graves que la perturbación sufrida en 1944, la verdad es que yo padecí con ellos mucho menos, y ya se ve que ni siquiera solté la pluma ni tuve que reducir mis actividades. La amenaza era grave, pero el sufrimiento muy llevadero.

El cuarto aviso: Cuando realmente creí morir fue el año de 1951, y ni tuve entonces los ánimos ni la posibilidad de escribir regularmente, salvo que dicté, entre los hipos que no me perdonaban de día ni de noche, ese soneto **Visitación** que aparece al final de mi **Obra poética** (1952), soneto con que quise saludar la vecindad de la muerte.

Sucedió, pues, que, el 3 de agosto, trabajaba yo en el **Polifemo** de Góngora "muy quitado de la pena" como suele decirse; y al día siguiente, en mi **Diario**, desaparece mi letra, y mi mujer deja los siguientes apuntes:

> Siguió trabajando en el **Polifemo** de Góngora. Fuimos al Cine Metropólitan. A media función, padeció un ahogo. Se puso de pie y pasó la molestia. Pudimos acabar de ver la película. Al otro día, domingo 5 de agosto, fuimos a almorzar a casa del doctor Ignacio Chávez, en compañía de los matrimonios Avila Camacho, Baz, Fournier, Martínez Báez, Suárez, Villaseñor. Concurrió también Enrique González Martínez. El doctor Chávez celebró ese día su onomástico, pues el día primero se encontraba ausente en Monterrey. Volvimos a casa no antes de las 8 de la noche. Nos trajeron los Villaseñor en su auto. Al subir la escalera de su biblioteca, Alfonso se sintió asfixiado y se dejó caer en el diván donde duerme para no alejarse de sus papeles. Lo atendió de urgencia nuestro hijo. El día 6 viene Ignacio Chávez muy de mañana. El día 7, Alfonso es trasladado al Instituto de Cardiología con los pulmones ya edematizados, las uñas y los labios cianóticos. Nunca llegó a perder el sentido.

Aún recuerdo que, a poco de sobrevenir el ataque —ya sen muchos ahogos y el dolor agudo como una barra pesada sobre el pecho— mi hijo me ayudó a ir al baño casi llevándome en peso. Allí tuve una curiosidad malsana, y encendí la luz para ver mi cara en el espejo: era la de otro hombre desconocido, socavado y extraño. Y dije: "¡En qué momento se deshace uno!" Por algún tiempo, parecía que me pasaba sobre el corazón todo un tren de artilleros.

Cuando me transportaban al Instituto, se apoderó de mí un sentimiento como de alegría que yo no acierto a definir ni entender. Parece que la esperanza del oxígeno bastaba para reconfortarme. La idea de ir acarreado en uno de esos coches que "echan sirena", el ruido de la calle, todo me producía una singular impresión de contento y aún de comicidad.

Años después he leído el caso de un cardiaco, también afligido de trombosis coronaria, que se defiende extremando su voluntad de vivir hasta un estado de irritación artificial, encuentra feo el color de las paredes, malo el whisky que le dan, importuno el timbre de un teléfono, etcétera. Y él llega a atribuir parte de su curación a este esfuerzo de rebeldía (Charles Yale Harrison, **Thank God for muy Heart Attack**, 1949). La verdad es que yo no conocí ese estado de ánimo, antes me entregué al tratamiento con placentera docilidad.

En cuanto a la supresión del tabaco, no me costó ningún esfuerzo. Ante todo, yo comencé a fumar a los 30 años, como consecuencia de mi frecuentación con señoras afectas al cigarrillo en las reuniones diplomáticas, que solían pedirme fuego. Pronto me pasé a la pipa, la cual hizo mis deleites allá cuando era dable obtener el espléndido tabaco y mixture preparado por la casa Dunhill, donde me habían asignado un número para mi fórmula preferida. Cuando volví de Europa a América, volví también al cigarrillo, porque me daba yo cuenta de que sacar la pipa, en una sala, era aquí como desenfundar una pistola. Llegué a fumar mucho, a todas horas, y entre los insomnios. Si a los comienzos sólo fumaba yo en los ocios, después me aficioné a fumar escribiendo, o a escribir fumando, que es ya la senda de perdición. Y sin embargo, puedo decir con Mark Twain que quitarme el tabaco no me parecía cosa difícil, puesto que me lo quité varias veces: la primera, durante un año, por decisión propia, y entonces distraía yo el ansia del cigarrillo tomando un lápiz entre los dedos; la segunda, después del doloroso aviso que recibí el 4 de marzo de 1944, también por decisión propia, ya que yo mismo lo propuse al doctor Chávez, quien al instante lo aprobó, por supuesto. Yo me daba cuenta de que no era fumador nato, y que en esto como en otras cosas, mi cuerpo tiene una natural repulsión contra el vicio. De modo que, cuando vino ahora la estricta prohibición de fumar, me encontró dispuesto. Durante la verdadera enfermedad, ni me pasaba la idea por la mente; durante la convalecencia, no experimenté la menor ansiedad. Sólo, a veces, sueño que fumo.

Lo único que de veras me hacía sufrir era el no poder bajar de la cama para ciertas cosas, el abominable y obligado uso del "cómodo" o "patito", lo más "incómodo" que existe. Ya era tiempo de que se acabara con esta tortura y se inventara algún otro procedimiento menos ingrato. Seguramente que semejante molestia contribuye a empeorar al enfermo. Pero aun contra esa desazón procuraba yo luchar, no a fuerza de irritabilidad como Harrison, sino a fuerza de buen humor. Así, viendo un día, desde la ventana de mi cuarto, en los llanos que se extendían a espaldas del Instituto, a un infeliz que se entregaba, en cuclillas, a lo que pedía de él la naturaleza, llamé a la enfermera y le dije: "¡Pronto, llévele usted el cómodo a aquel hombre!" Y me venían al recuerdo los versos de Valle-Inclán en La pipa de Kif:

> Jalapa: iglesias y costanillas.
> Tras de las bardas, uno en cuclillas.

También me costaba algún trabajo —pues estoy acostumbrado a vivir y aun dormir en mi espaciosa biblioteca— aceptar las dimensiones penitenciarias de mi célula y procuraba yo que abrieran mi puerta lo más del tiempo. De noche, el encierro me causaba una profunda tristeza. De día, al menos, el paso de las aprendices de enfermeras —que aun no contaban con instalaciones aparte— me divertía y me devolvía el gusto de la vida.

La deshidratación a que fui sometido como precaución contra el adema pulmonar, la dieta sin sal, la inmovilidad, el suero, las pruebas de sangre, los piquetes, todo eso lo soporté con resignación, y gracias que no me privaron completamente del café, pues me hace falta para dormir —aunque no lo tomo en exceso— así como a ot... os desvela.

Una semana de hipo constante ("doctor Chávez —me quejaba yo—, cúreme el hipo y le ofrezco curarme solo de lo demás"), un mes bajo la tienda de oxígeno y, en total, cerca de tres meses de quietud en el lecho; electrocardiogramas, inyecciones, medicamentos, tomas de presión arterial, friccionesde alcohol y mudas de la ropa haciéndome rodar a uno y a otro lado... Durante los primeros días, bajo la influencia de los hipnóticos y en un perpetuo duermevela, yo creía estar escribiendo, sin distinguir bien entre el sueño y la vigilia, y despertaba muy poco a poco. Seguía prendido a Góngora, y Góngora me llevó de la mano por el túnel de la inconsciencia. Le debo deliciosas visiones. Tres años después, recordando aquellas experiencias, he escrito la siguiente página:

De turismo en la tierra

> Yo caí muerto en 1951 con un grave infarto en la coronaria. Fui internado en el Instituto Nacional de Cardiología, cuyos elogios había yo cantado siete años antes, sin sospechar que alguna vez probaría yo por mí mismo sus excelencias. Me salvó el saber de don Ignacio Chávez, y también —estoy cierto de ello— me salvaron el amistoso ardor y la firme voluntad que puso —nuev... Her...cles— en arrancarme a los brazos de la muerte. A su lado, me velaba de cerca el inolvidable doctor Esclavissat, joven interno para quien estoy seguro de haber sido algo más que un simple paciente. Ahora, vivo disfrutando de unos últimos años obtenidos por benevolencia.
>
> Pues allá, en el "trasmundo" yo sé bien cómo sucedieron las cosas. Los médicos me administraban hipnóticos. En mis sueños, se revolvían las imágenes de la poesía gongorina, a cuyo estudio estaba yo consagrado por los días en que caí enfermo. De modo que todo era pluma, miel, cristal, oro, nieve, mármol, armonías en blanco y rojo. El doctor Chávez solía decir humorísticamente a quien le pedía nuevas de mi salud: "No puedo saber cómo se encuentra. Cuando lo interrogo, me contesta recitándome pasajes de Góngora".
>
> Pero, en uno de mis sueños, me vi transportado al cielo —adonde sin duda alguna he de ir a parar, que sobre esto no hay discusión—, y he aquí la escena que presencié:
>
> San Pedro abría ya su libro de registro para darme entrada —el Libro Diario—, cuando cierto arcángel con letras se asomó sobre su hombro y le dijo:
>
> —Creo que este pobre señor tenía una obra a medio escribir.
>
> —¿Qué haremos? —dijo el viejo bonachón rascándose la cabeza con la pluma, y requiriendo arenilla y agua de huizache extendió un documento azul.
>
> —¿Y eso? —le preguntó el arcángel.
>
> —Esto es que le prorrogamos su permiso de turismo en la tierra.
>
> Y yo, que entiendo de estas cosas, me he inspirado, desde entonces, en el ejemplo de cierto millonario sirolibanés que vivía en Río de Janeiro. Yo admiraba siempre, al pasar por la avenida Oswaldo Cruz, unos estupendos jardines, dignos de un rajá oriental. Pero en aquellos jardines se alzaba una casa que parecía un enorme pastel confitado, llena de columnitas salomónicas, cúpulas, requilorios, adornos y adornajos. Y un constante ir y venir de albañiles daba idea de lo que pudo ser la construcción de las pirámides egipcias, del Templo Marmónico en Lago Salado, de Chicomostoc en Zacatecas. Ya no sabían qué hacerle a aquella casa, pero cada día le añadían algo. Pedí explicaciones.
>
> —¡Ah! —me dijo mi fino amigo Sócrates Barboza—. Es la casa del sirolibanés. Una vieja cartomántica le auguró que moriría en cuanto acabara su construcción. Por eso no la acaba nunca y todos días le aumenta un pedazo.
>
> Y ahora, pacientes amigos, ¿se explican ustedes por qué yo siempre traigo otro libro a medio escribir y procuro no darle término sin haber antes comenzado el siguiente? (**Las burlas veras**, primer cuento, 1957, nota de 1954).

Vino perezosamente el alivio. Tuve que aprender a andar de nueva cuenta. Aunque después del mucho oxígeno el aire me sabía a humo, comprendí que nuestro mayor y auténtico placer físico no está en el amor, sino está en la respiración, y comprendí también por qué las místicas primitivas confunden la "psique" con el resuello. Hacia el costado del corazón sentía yo cierta extrañeza; pero poco a poco desapareció esta conciencia de la víscera que, si no me engaño, es síntoma de anormalidad. Por mera ociosidad escribí, al caer de la pluma, estos versos ramplones:

Infarto

> Antes de la trombosis, a lo que yo recuerdo,
> jamás he padecido tan rara sensación:
> hoy, algo sobra o falta por el costado izquierdo
> y llevo como a cuestas mi propio corazón.

El doctor Chávez me explicó un día que el mal hubiera sido mucho más temible si no me encuentra un poco viejón; pues con la edad se desarrollan no sé qué filamentos vasculares, los cuales permiten cierta circulación secundaria o complementaria y así contrarrestan de algún modo el obstáculo del infarto. Yo, interpretándolo a mi manera,

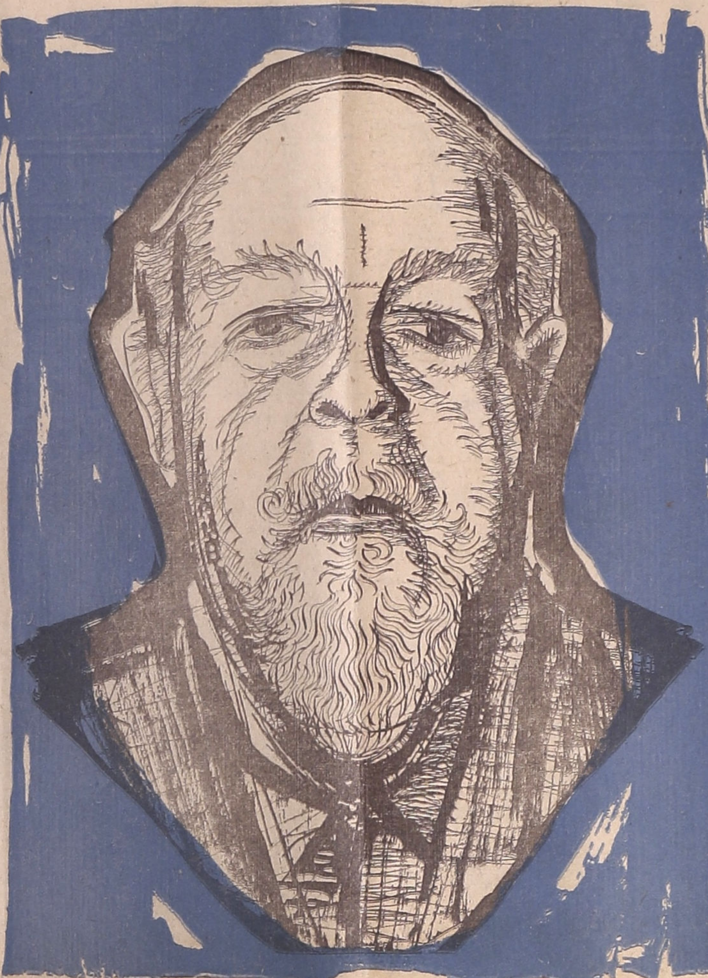
—Entiendo —le dije—. Con los años el corazón cría barbas.

El doctor Livas, de Monterrey, que estaba presente, exclamó:

—¡Excelente explicación! Es la que daré en adelante a mis discípulos.

Ya lo saben todos los cardiacos: después del alivio, arrastré algún tiempo ese misterioso dolorcillo en el brazo izquierdo, cerca del hombro, que viene a ser un aviso providencial y como que quiere aconsejarnos: "Acuérdate de tu corazón. No corras, no saltes, no riñas, no te excites, no frecuentes los sitios tumultuosos de la ciudad ni concurras

SIGUE EN LA PAGINA DOCE



dibujo de ELVIRA GASCON

MEXICO en la CULTURA

Número 564

3 de Enero de 1960

Suplemento de NOVEDADES

Director FERNANDO BENITEZ

Director artístico VICENTE ROJO

Presidente y Gerente General: ROMULO O'FARRILL, Sr.

Director General: Lic. RAMON BETETA

Adiós a ALFONSO REYES

por IGNACIO CHAVEZ

PARA acercarme a esta fosa y decir unas palabras de adiós a Alfonso Reyes debo hacer un esfuerzo doloroso. Tengo miedo de que la emoción me venza. Apenas hace un día que recogí sus últimas palabras y le cerré los ojos; calladamente, con una voz húmeda y sin palabras, me despedí de él. Y aquí estoy, sin embargo, para volver a despedirlo, esta vez a nombre del Colegio Nacional, que se ha quedado huérfano de su presencia.

El año ha sido terrible para nosotros. Cuando aún no se apagaban los pasos de dos de los nuestros que se fueron, de Diego Rivera y Manuel Toussaint, miramos con angustia la partida de Samuel Ramos y después la de José Vasconcelos. Hoy es la de Alfonso Reyes. ¡Qué castigo se abate sobre México, que en algo más de un año pierde a cinco de sus hijos mejores!

Esta muerte de hoy nos deja en desamparo. Por sobre la admiración que teníamos por Alfonso Reyes había el hecho de que todos lo amábamos. Nunca un hombre reunió mayor don de simpatía ni se amasó una figura de mayor calidad humana. Y junto a esos dones estaba el otro, el de la radiación de una inteligencia superior. En el Colegio Nacional unos representan la historia, otros la filosofía y otros más, alguna disciplina artística o científica. Alfonso Reyes las representaba todas, como el ejemplo vivo de la universalidad en el talento y en la cultura. En él no sabría decirse qué predominaba, si el poeta o el ensayista, si el crítico o el científico. El científico también, aunque parezca extraño, porque nadie logró mejor que él sistematizar sus conocimientos y forjarse una recia disciplina mental e investigar en su campo con tanto rigor como un hombre de ciencia.

Más que un hombre culto parecía la cultura misma. Y hoy se ha ido: ¿quién lo sustituirá? En nuestro tiempo, ninguno, porque estos hombres prodigio sólo vienen de tarde en tarde, de siglo en siglo, y las épocas ya no son propicias para la larga y penosa formación de un hombre hasta encarnar la sabiduría de su tiempo.

Hoy que la muerte acaba con los últimos regateos de la incomprensión o de la envidia, el país entero se dará cuenta del hombre que ha perdido; del escritor que supo juntar la hondura con la claridad y la belleza con la gracia; del que atacó todos los problemas, porque le interesaba todo cuanto fuese humano; del mexicano que siendo profundamente nacional, se movió en el mundo de las ideas con el señorío de un hombre universal.

"Pueblo me soy —decía— como buen americano, a falta de líneas patrimoniales me siento heredero universal. Mi casa es la tierra".

Por esta su anchura de visión lo atacaron los miopes, suponiéndole poco arraigo a la tierra nuestra. Su respuesta es una lección que debiera grabarse en la puerta de nuestras universidades: "¿Qué tendremos los mexicanos que no podamos ir a donde todos los pueblos van? ¿Quién nos impide ahondar en el común patrimonio del espíritu con el mismo señorío que los demás?... No y mil veces no; nada puede sernos ajeno sino lo que ignoramos. La única manera de ser provechosamente nacional consiste en ser generosamente universal, pues nunca la parte se entendió sin el todo".

Era un hombre de sensibilidad exquisita; sufría hasta la tortura con la grosera incomprensión y con la mezquindad envenenada, como sufrió desde joven el desajuste de un mundo donde los suyos, a los que amaba profundamente, chocaban con el nuevo orden que se estaba gestando y que él admitía. Sufría de ese veneno inoculado; pero como en la parábola de Nietzsche, de ese veneno hizo su bálsamo. Su espíritu se impregnó de comprensión, de suavidad, de simpatía. Al impacto prefería responder, como él dijo de sus antepasados, "como buen pedernal, que no suelta astillas sino destellos". Por eso en su vida y en su obra dominó la sonrisa. "Cuando el hombre sonríe —escribió— funda la civili-

SIGUE EN LA PAGINA DOCE

ALFONSO Reyes, el primero, el más fiel y querido de nuestros colaboradores ha muerto. El sábado en la tarde, me tomó la mano y se quejó: "Ese muchacho ha escrito por ahí que Alfonso Reyes está entregado a crear su mito. Hubiera querido responderle: Así es, joven amigo. Hércules estaba entregado a crear su mito. Hacía los doce trabajos".

Ahora que ha muerto me gusta recordar lo que tal vez haya sido su última contestación a los malquerientes. Pequeño Hércules, ejerció el patriotismo con obras y no con ademanes. En tierra de burlones infecundos, de improvisados y de frívolos, fue escritor del único modo que es posible serlo: con su tiempo, con su pasión, con su vida entera.

Irritaba su constancia fecunda; sus virtudes llegaron a tomarse como defectos. Tenía que excusarse por el hecho monstruoso de haber escrito 150 libros.

Tardarán en saber los mexicanos lo que han perdido. En la historia de nuestras letras es un caso único. Fue un gran humanista, porque nada de lo grande ocurrido en su tiempo le era ajeno. Su sabiduría sólo igualaba a su modo incomparable de decir las cosas. Nunca dejó de sonreír, ni de ser tolerante. Con su corazón devastado escribió hasta que la muerte le quitó la pluma de la mano y le cerró los ojos alegres y curiosos.

MEXICO EN LA CULTURA, le debe mucho. Fue, desde el primer número, su columna, su sostén, el amigo fraterno que en épocas de estrecheces y regateos, nunca dejó de auxiliarnos con obras y consejos.

En su memoria preparamos diversos homenajes que iniciamos hoy con el adiós de un gran humanista, el doctor Ignacio Chávez y con la historia de sus cuatro infartos —el destino ha querido llamarme al orden. Y van cuatro campanillazos. Temo no resistir el quinto— que Reyes, cuatro días antes de morir, entregara a su propio médico. F. B.

LOS PASOS DE GIGANTE DE LA INDUSTRIA EDITORIAL MEXICANA

por EMMANUEL CARBALLO

CONCLUYO en este número el examen de la industria editorial mexicana durante 1959. En la entrega anterior expuse las cifras de producción de cuatro casas: el Fondo de Cultura Económica, la Universidad Nacional Autónoma de México, Libro-Mex y Ediciones de Andrea.

PORRUA HERMANOS

Publicó 83 títulos: 24 que figuraron por primera vez en el Catálogo de esta editorial y 59 reediciones. El número total de ejemplares asciende a 408 mil y el número de páginas a 12 mil millones. (El promedio de ejemplares publicados de cada título es de 3 mil). De los autores de las 83 obras, 79 son mexicanos, tres extranjeros que estudian en sus libros temas nacionales y otro extranjero que analiza fenómenos universales. La predilección de los lectores por los libros de esta Casa se manifestó, en materias, de la siguiente manera: historia de México, libros de texto y obras de derecho. Porrúa Hermanos cuenta en la ciudad de México con dos librerías, las que ocupan, en las ventas de esta casa, los dos primeros lugares. En los estados, las ciudades que consumen mayor cantidad de sus libros son, en orden decreciente, Monterrey, Guadalajara, Chihuahua, Hermosillo, San Luis Potosí, Morelia, Jalapa y Mérida. En Hispanoamérica encabeza las ventas Venezuela; le siguen: Colombia, Brasil, Guatemala, El Salvador y Nicaragua. La Argentina es, de los países de América, el que menor número de volúmenes les compra: cuenta con poderosa industria editorial.

Los best-sellers de Porrúa Hermanos fueron:

Santamaría: **Diccionario de mexicanismos.**

Marquesa Calderón de la Barca, **La vida en México.**

Fernando Quiroz: **Anatomía humana.**

Francisco Larroyo: **Historia general de la pedagogía.**

Francisco Larroyo: **Historia comparada de la educación en México.**

Fray Diego de Landa: **Relación de Yucatán.**

José Montes de Oca: **Literatura universal.**

Luis Recaséns Siches: **Filosofía del derecho.**

Mario de la Cueva: **Derecho mexicano del trabajo.**

Fernández de Lizardi: **El Periquillo sarniento.** (edición popular) **Compañía General de Ediciones.**

Entre primeras impresiones y reediciones esta editorial publicó 40 títulos, de cada uno de los cuales se imprimieron 3 mil ejemplares; el promedio de páginas, por obra, es de 500. Controla 8 librerías en esta capital; desean abrir 92 más. El mayor número de sus volúmenes se venden en esta capital: "En provincia, proporcionalmente —dice Jiménez Sílles—, casi no se lee'. De los países del continente el que más lee, de acuerdo al número de sus habitantes, es Chile: "leen ellos en mayor medida que nosotros". En España, la censura lesiona sus intereses: "Balzac está en el Indice". Jiménez Sílles cree que el panorama editorial mexicano se ha dilatado en los últimos diez años: "Está ahora al mismo nivel de la Argentina y pronto la sobrepasará".

Estos son sus éxitos del año:

Martín Luis Guzmán: **Muertes históricas** (en tres meses se vendieron 3 mil ejemplares).

Coccioli: **Manuel el Mexicano.**

Alejo Carpentier: **Los pasos perdidos,** (este autor—excelente— será, según juicio de Jiménez Sílles, Premio Nobel).

Herman Hesse: **El lobo estepario.**

Hermann Hesse: **Demian.**

Homero: **La Ilíada.**

Homero: **La Odisea.**

Las mil y una noches.

Angela Figuera Aymerich: **Belleza cruel.**

Victoriano Crémer: **Libro de Caín** y

los cinco títulos de Artemio de Valle-Arizpe que ha editado esta Casa: Don Artemio es uno de los autores mexicanos que mayor cantidad de libros vende cada año.

EDITORIAL GRIJALBO

Editó 12 primeras ediciones y 23 reediciones que suman, en número de ejemplares, 119 mil. De los títulos nuevos se editan 4 mil ejemplares; de las reediciones, 2 ó 3 mil. El número de páginas va de 350 a 750. Del 25 al 30 por ciento de sus libros se vende en México; el resto, en Hispanoamérica. Puede decirse que libro editado por Grijalbo es un libro que la censura no deja entrar en España. De los diez títulos que enumero líneas abajo —los de mayor aceptación entre los lectores— ninguno penetró a ese país:

Constantinov: **Fundamentos de la filosofía marxista.**

Academia de Ciencias de la URSS: **Manual de economía política.**

Jules Dubois: **Fidel Castro.**

Academia de Ciencias: **Historia de la URSS.**

Nikito Nipongo: **El Dicclonario.**

Gorski: **Lógica.**

Louis Untermeyer: **Forjadores del mundo moderno.**

Egon Erwin Kisch: **Descubrimientos en México.**

Slushevski: **Psiquiatría** y

Rosental: **Materialismo dialéctico.**

Robredo editó en 1959 ocho títulos: cuatro de historia y cuatro de derecho. No publica best-sellers: el tiraje de los libros de historia, casi siempre, no llega a los trescientos ejemplares. Los libros de derecho, que son obras de texto o de consulta, se venden, según dice Rafael, por razones obvias, porque los necesitan los estudiantes. Esta razón para un editor que es, asimismo, librero, resultó deleznable. "Los libros de texto no nos interesan como libros, sí por los conocimientos que transmiten" —aseguran ambos hermanos. Rafael cree que el suceso editorial del año fue la aparición de la Colección Popular del Fondo de Cultura: "Su éxito —dice— fue extraordinario", a quienes se les ocurrió la idea "merecen felicitación". Otro de los libros más solicitados fue el Diccionario de mexicanismos, de Santamaría. En Robredo se venden pocos ejemplares de los libros escritos por las figuras de moda: Spota y Blanco Moheno. Se venden, en cambio, obras fundamentales de la literatura mexicana, del XIX y del XX. Robredo, además de en la ciudad de México, vende buena porción de sus libros en Guadalajara y en Monterrey, también en las universidades y colegios de los Estados Unidos.

RESUMEN FINAL

La industria mexicana del libro ha duplicado, en unos cuantos años, el volumen de su producción. Hace diez, digamos, sólo existía una sola gran editorial: el Fondo de Cultura Económica. Ahora existen varias: entre otras la Universidad Nacional, Porrúa Hermanos, Grijalbo, Compañía General de Ediciones, Libro-Mex, Jus... El libro mexicano ha mejorado considerablemente su presentación tipográfica, ha aumentado sus tirajes, la calidad de los textos es significativamente superior—en todos los aspectos— a la de las décadas anteriores. El libro mexicano comienza a ganar la batalla nacional y en algunos años podrá competir, con posibilidades de éxito, en el mercado internacional.

MANUEL PORRUA

Manuel Porrúa edita únicamente los libros que le gustan; en algunos casos, aunque no le gusten, los libros de sus amigos. Una de sus hazañas fue la de dar a conocer a Luis Spota: le publicó **La estrella vacía** (5 mil ejemplares "que tardaron bastantes años en venderse") y su primer libro de éxito: **Más cornadas da el hambre** (3 mil ejemplares que se agotaron en pocos meses). Las tareas del editor le parecen más que lucrativas, hermosas. Así en este orden, vende sus libros: primero en la ciudad de México, luego en Guadalajara, en Monterrey y en Mérida. Los Estados Unidos son su mejor cliente extranjero. Su público lector manifiesta su predilección por los siguientes temas: historia de México, biografías, obras técnicas y obras de derecho. Sugiere a los editores que publiquen menor número de títulos, pero que los pocos que editen sean fundamentales.

Publicó 17 títulos, de los cuales los más "populares" fueron estos:

Artemio de Valle-Arizpe: **La Gilera Rodríguez,** (de la que se han impreso hasta la fecha, ocho ediciones de 2 mil ejemplares cada una. Don Artemio ha obtenido de esta mujer 32 mil pesos).

Santaló: **Matemáticas** y

los libros de Luis Spota: **Las aguas grandes, La estrella vacía** y **Más cornadas da el hambre.**

EDITORIAL JUS

La labor de esta casa constituye, para mí, la sorpresa de 1959.

En forma silenciosa ha publicado mayor número de títulos que todas las otras editoriales mexicanas. Aparecieron con su pie, entre primeras ediciones y reediciones, 123 títulos que suman 414,508 ejemplares y 11 mil millones 837,273 páginas. Si las cifras anteriores son impresionantes, asimismo lo es el número de ejemplares vendidos —todos ellos en el país— .... 327,708.

Si otras editoriales están abiertas a todas las tendencias, Jus se circunscribe a una sola: a la ideología católica. No engaña a nadie: es una editorial sectaria. El lector sabe, mediante el solo hecho de ver las tapas de sus libros, qué tipo de obras son. Las cifras que me proporcionó el licenciado Abascal —hombre recto y de firmes creencias— sólo prueban que en México los católicos consumen y leen libros.

BEST-SELLERS de Jus:

José Mojica: **Yo pecador.**

Carlos Alvear Acevedo: **Elementos de historia de México,** 2 tomos: **Epocas prehispánica y colonial** y **Epoca independiente.**

Los 76 títulos de la colección Figuras y Episodios de la Historia de México.

Prat: **Jesucristo, su vida, su doctrina, su obra. Iniciación bíblica.**

Luis Rivero del Val **Entre las patas de los caballos.**

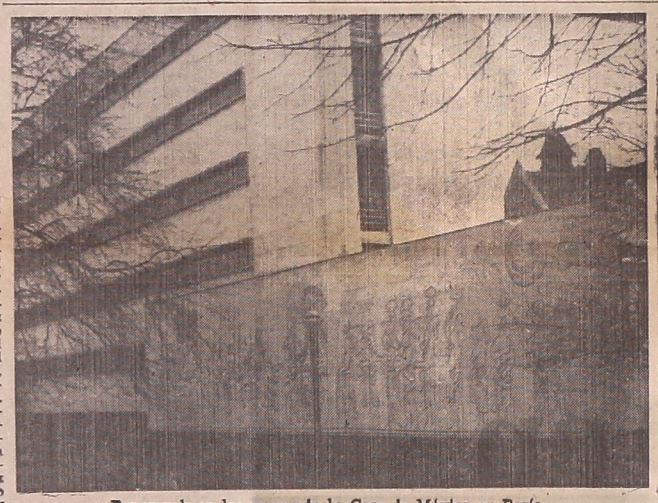
Jesús Degollado Guízar: **Memorias.**

Jorge Gram: **Héctor** y

Hernández Chávez: **Lógica.**

ANTIGUA LIBRERIA ROBREDO

Dejé intencionalmente esta editorial para concluir porque posee, frente a otras, rasgos peculiares. Sólo edita, como Porrúa Hnos., autores mexicanos o autores de otros países que se han especializado en nuestra historia. Sus títulos siempre son una garantía para el lector, para cierto tipo de lector: aquél que se interesa en lo que ha ocurrido en México, especialmente durante el Virreinato. Sus precios son altos ya que publica una cantidad reducida de ejemplares en esmeradas ediciones para bibliófilos. Rafael y Jerónimo Porrúa, los dueños de esta casa, conocen y practican la generosidad: el lector que los visita se convierte, en unos cuantos meses, en un nuevo amigo.



Bonampak en los muros de la Casa de México en París.

LA CASA DE MEXICO *en París*

UNA INVERSION QUE RINDE NOBLES FRUTOS: BECAR ESTUDIANTES MEXICANOS

por LUIS SUAREZ

LA atracción que ejerce París —palabra mágica para muchos— convierte el interés de una beca para estudiar, en el interés específico de disfrutarla en la capital de Francia. Lo que se estudia parece ocupar un segundo plano. El primero lo llena París, con su fisonomía labrada a golpes de literaturas y películas, con su ángel y su diablo, los dos antagónicos espectros que viven en todas las grandes ciudades.

Me imagino la Casa de México, abierta hace seis años en la Ciudad Universitaria de París, como una presa de ilusiones para muchos jóvenes estudiantes mexicanos, quienes merced a ella pueden vivir esa subyugante realidad de París. Habitar en un pabellón de México, en el recinto de la Universidad parisiense, añade al espejismo de París otra figura muy propia del ánimo juvenil ya seducido: la que presenta un estudiantado multinacional, importado de poblaciones remotas, de palacios orientales y de chozas de caciques africanos, conviviendo con los estudiantes franceses.

Pero disponer de uno de los 81 lugares que tiene la Casa de México significa, antes que eso, disponer de una beca o del dinero propio suficiente para pagar el alojamiento, aunque con evidentes ventajas sobre cualquier otro alquiler, más las que también ofrecen los comedores y servicios de la Ciudad Universitaria. Porque, en última instancia, la Casa resuelve un problema de hotel, pero ambientado en la convivencia universitaria. Que aproveche o no este sonado ingrediente parisiense a quien logra meterse en el cuadro, depende de su voluntad de estudio, del verdadero móvil que le impulsó a luchar por la beca, por el cuarto en la Casa México y por el París que cada uno lleva en su cabeza. Porque, ciertamente, existe París para todos los gustos y deseos.

Hoy han pasado por la Casa de México, residentes con mentalidad y posiciones económicas y sociales muy distintas. Esta variedad no niega, sino que en todo caso confirma la procedencia mexicana, múltiple también, contrastada como en México, aunque en el extranjero se avale con una especie de sello único. Es un desfile de estudiantes como aquel buscador de cosas a quien llamaron el "Chercher", que encontró un París que no era el suyo, porque acaso el suyo habíase quedado en México, y era México mismo. A los tres días de vivir en París, el "Chercher", melancólico, pidió volver a la patria. O como quien siendo poseedor de medio Estado natal, se refugia en un cuarto del pabellón, sin espíritu franciscano, sin carencias ningunas, pero buscando en el ambiente un revestimiento juvenil, casi bohemio, que va muy bien a su encumbrada posición económica.

Algún hijo de político, a causa de la influencia, puede ocupar temporalmente un cuarto de estudiante, porque él también lo es, y disponer, al mismo tiempo, de un departamento en la ciudad; puede, y hay quien lo hace, sustituir la ruta del metro, por automóviles deportivos. Mas junto a ellos encontramos también a quienes sin muchos recursos toman en serio la beca y el estudio, sobre todo cuando pasan esos primeros días de tensa ambición de París, y comprueban que la vida no está rociada de champaña ni los estudiantes son todos actores de una película como Los Primos. El desasosiego de quien va a ir ¡por fin! a París, es legítimo y natural. París es un invento demasiado laborioso, para no desear que nos enrede en su mecanismo.

"La fama que tienen en México los muchachos que viven en la casa es de que no estudian", dice el ingeniero Manuel de la Lama, actual director de la Casa. Y añade con sinceridad: "Yo vine con la misma impresión y he visto que no es así. Los residentes sí estudian".

La Casa de México no tiene otra misión que la de propiciar posada en un ambiente universitario. Cuenta con una biblioteca de 9 mil volúmenes y tres estudios: para pintura, arquitectura y escultura. Usando la expresión del ingeniero De la Lama, es como un hotel; un hotel universitario que proporciona, además, por bajas cantidades, el derecho a la tarjeta de los comedores. Tiene la Casa 50 alojamientos de hombres, 27 de mujeres y 4 para matrimonios.

El principal problema de la Casa es, según el director, su pequeña capacidad. Se otorgan en México entre 100 y 120 becas para estudiar en Francia. Añádase a esa potencial demanda la que causan otras personas, no estudiantes. En suma, se requerirían unos 150 lugares. Como la permanencia de los estudiantes es de dos o tres años, resulta una disponibilidad anual de aproximadamente 40 plazas para los nuevos solicitantes. El director considera conveniente ampliar la Casa con 50 alojamientos más.

Conviene precisar que al decir estudiante para aludir a los universitarios de la Casa de México, nos estamos refiriendo a quienes han terminado la carrera. Los becarios de la Casa son generalmente postgraduados, y van a perfeccionarse en cursos superiores. Otros se instalan una temporada en París a fin de someterse al entrenamiento de alguna actividad prestigiada en Francia, como el turismo o el arte dramático.

Antes —dice el director De la Lama— predominaban los universitarios con carreras de humanidades. Actualmente, la mitad acude para estudiar técnicas diversas, en particular una famosa en Francia: la del cemento pretensado. La otra mitad está formada por doctores, abogados, etc. También hay artistas: alumnos de arte dramático y dos pianistas. Entre las 81 mujeres que viven en la Casa se cuentan antropólogas, químicas y maestras normalistas. Seis jóvenes arquitectos ocupan uno de los tres estudios y han abordado como tema un problema urbanístico de París.

Las becas de los ocupantes de la Casa varían de 36 mil a 100 mil francos. Las otorga generalmente el gobierno francés, previa selección hecha por el Instituto Francés para América Latina. El Comité de Recepción del Estudiante Extranjero, de la Ciudad Universitaria, aconseja y orienta al recién llegado a la Casa.

De la beca de 36 mil francos, el estudiante paga 9 mil mensuales por vivir en la Casa, y tiene derecho a recibir tarjetas para comer por 100 francos en la Ciudad Universitaria. Cuando la beca es de 76 mil francos, la tarjeta que recibe le permite comer por 200 francos. Y si quien ocupa la habitación es simplemente un viajero mexicano, no estudiante, debe pagar 18 mil francos mensuales, y su tarjeta de comida asciende a 300 francos.

¿Cómo se concede el derecho a vivir en la Casa de México? El director De la Lama se refiere al expediente, donde figuran posibilidades económicas, estado de salud, de los estudios y recomendaciones de los maestros. Si todo ello es favorable, se requiere que la solicitud sea refrendada por la Fundación de la Ciudad Universitaria parisiense. Es difícil que ésta, ante las razones que funde la Casa de México, se oponga.

SIGUE EN LA PAG. ONCE

AUTORES y LIBROS

• Los libros que había encima del escritorio de don Alfonso Reyes el día de su muerte eran: **Leyendo a Loti,** de Rafael Solana; **El rey viejo,** de Fernando Benítez; **Récits de Petersbourg,** de Nicolás Gogol, y un libro de poemas de Alfonso Martínez Estévez.

• **Las burlas verás,** segunda serie, es quizá el último libro de don Alfonso que apareció en vida del gran escritor.

• "Para Bitácora, revista de los más jóvenes" escribió Alfonso Reyes hace veinti... años, en Buenos Aires, **La canción del e... paje,** de ella desglosamos arbitrariamen... tos versos:

. . . está más allá de la noche;
está más allá
de las manos y de los ojos;
está más allá
de los espacios y los años;
está más allá
de las lágrimas y la sangre;
está más allá.

ALFONSO REYES

• Uno de los primeros libros de 1960 es el **Codice Bodley 2858,** excelente edición facsimilar a color con un comentario del maestro Alfonso Caso. "El Códice Bodley —escriben Ignacio Bernal y César Lizardi Ramos— es uno de los más importantes y hermosos manuscritos mixtecos y tiene gran importancia para los estudiosos de la historia y de la etnografía de Oaxaca y en general de Mesoamérica. Nos relata la historia genealógica de los principados mixtecos desde el siglo VII de Cristo hasta la época de la Conquista española y las páginas en blanco que quedan de ese manuscrito demuestran que el escriba indígena había pensado continuar el re... lato que tuvo que suspender po... cia de los conquistadores españole...

• El manuscrito conocido con el nom... Códice Bodley se conserva en la Bi... Bodleiana de la Universidad de Oxfo... Inglaterra, catalogado en el Archivo B... A.75 Ms. Mex. d. c. (2858). Llegó a la... blioteca citada entre 1603 y 1605. Su pri... tivo poseedor fue sir Thomas Bodley, quie... debió adquirirlo en España a fines del siglo XVI. El valioso manuscrito pasó, con otras obras de la colección de sir Thomas, a la biblioteca de Oxford. La primera y hasta la edición de que damos noticia la única, fue la de lord Kingsborough.

¿En qué lugar se alza la morada
donde discurren nuestras sombras juntas?
¿En la tierra, en el cielo, o en la nada?

¡Ay, mucho más allá de las presuntas
fronteras de la vida limitada!
¡Ay, mucho más allá de las preguntas!

ALFONSO REYES.

• Es oportuno hacer una breve referencia de los códices mixtecas: Vindobonensis, Nuttall, Colombinus, Becquer, número 1; Bodley, Rickards, Selden I, Selden II, Tulane, Becquer II, Fragmento Doremberg Dehesa, Mixteco número 36 Lienzo Vischer número 1, Yanhuitlán, Zacatepec, Amoltepec y 29 códices topográficos. Como se advertirá por los nombres actuales de los códices, la mayoría de ellos están en bibliotecas de países extranjeros. Una edición como la hecha por la Sociedad Mexicana de Antropología, es meritoria.

• La importancia que tiene para la cultura americana el estudio e interpretación de los códices mixtecos por Alfonso Caso, puede valorarse en el siguiente párrafo de Salvador Toscano: "Para buscar la cultura que produjo estos manuscritos —escribió en el **Arte precolombino de México**— habremos de acudir a otros hallazgos arqueológicos y, en último término, a los códices mismos. Seler y otros investigadores han pretendido que algunos sean de origen zapoteca, pero la lectura cuidadosa de sus Disertaciones nos probará la incertidumbre y las vacilaciones que a este respecto tuvo el ilustre antropólogo alemán. Caso reprodujo algunas pinturas murales de las tumbas zapotecas, que vinieron a enseñarnos cuál fue el estilo zapoteca y a evidenciar que los códices tenidos por tales, o son mixtecas o pertenecen a la cultura zapoteca mixtequizada; más aún, el estudio de ellos permitió al autor citado indicar el carácter histórico y señalar a Tilantongo como el sitio en el que se pintaron los códices Colombino y Vindobonensis, y a Teozacoalco como patria del Nuttall". Caso, además, comprobó que el contenido de los manuscritos es de naturaleza histórica.

Amanesco a cantar, y la suspensa
canción se ahoga como en agonía:
yo no sabía que el dolor dispensa
de cantar y llorar, no lo sabía.

Si ayer me hacían las palabras fiesta,
y el ruido de la gente compañía,
hoy pregunto sin vos, y no hay respuesta.

ALFONSO REYES.

• La interpretación del Códice Bodley —85 páginas— contiene varios capítulos: Preliminar, Naturaleza del Códice, Generalidades, Traducción del Códice: parte primera: Genealogías de Tilantongo y Teozacoalco; segunda parte: Genealogías de Temazcal y Pedernal; tercera parte: genealogías de Montaña, con bocaestrellas y flecos multicolores o Cerro de la Máscara. La crisis en la historia Mixteca. Fechas en el Códice Bodley, Vocabulario, Bibliografía y Colofón. El texto tiene dibujos de Abel Mendoza y 6 grandes cuadros genealógicos. La reproducción del Códice —46 páginas— es a todo color. Como lo señalara Salvador Toscano, el estilo de los mixtecas, en sus códices, es uno de los más brillantes y esmerados del México Antiguo.

• Margarita Mendoza López se ha unido a la ya vieja costumbre de su marido el bachiller José Rojas Garcidueñas y este año ha enviado a sus amistades un relato con motivo de la Navidad, José Rojas Garcidueñas nos cuenta algo De historia mínima este año y Margarita confirma que también crecen espigas, en este tiempo en que tantos sólo contemplan la cizaña.

• Uno de los actos más importantes, de los realizados para conmemorar el centenario del nacimiento de Manuel Gutiérrez Nájera, es sin duda la publicación del primer tomo de sus obras, que se ha echado a cuestas la Universidad, dentro de la serie "Nueva Biblioteca Mexicana". El volumen contiene una primera parte en la que se agrupan once artículos bajo el rubro "Ideas y temas literarios" y una segunda que contiene la revisión que el poeta hizo de la literatura mexicana, principalmente de su tiempo. La edición y las notas (eruditísimas) son de Ernesto Mejía Sánchez; el prólogo, de Porfirio Martínez Peñaloza y la recopilación de E. K. Mapes. Las 539 páginas de este libro nos revelan a un Gutiérrez Nájera prácticamente desconocido para la mayoría de los lectores y aun de los estudiosos de nuestra literatura.

Allá abajo, los amigos
se empezaron a juntar:
¡mi ropa estaba en la arena,
y yo no estaba en el mar!

Yo les gritaba su nombre
para más tranquilidad:
¿quién habla de escucharme,
si hoy nadie sabe escuchar?

Ellos alzaban los brazos,
ellos hacían igual.
Comprendí que estaba muerto
cuando los oí llorar.

ALFONSO REYES.

• El último número de la revista Ábside, cuarto del año 1959, da a conocer un estudio póstumo e inconcluso de don Gabriel Méndez Plancarte, sobre Yucatán en la literatura mexicana. El trabajo está dividido en tres partes, relativas a las fuentes mayas, la época colonial, y el período independiente. El último capítulo quedó sólo esbozado, en "apuntes sueltos, que esperaban nutrirse con mayor material, redondearse y tomar su proporción dentro del conjunto". No obstante esta limitación, el opúsculo de don Gabriel es un útil capítulo de la literatura mexicana, que tanta falta nos hace aún, y ha hecho bien Alfonso Junco en publicarlo, conmemorando así el décimo aniversario de la súbita y llorada muerte de don Gabriel, ocurrida el 16 de diciembre de 1949.

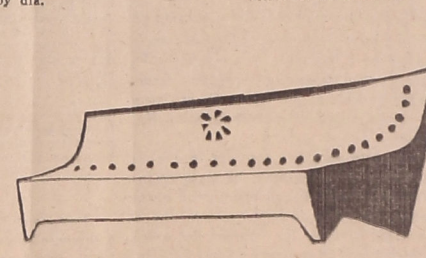
• Pronto podremos leer la traducción que ha hecho de la obra de Sófocles al español el padre Aurelio Espinosa Pólit, uno de los más notables humanistas con que cuenta América hoy día.

• Duelos y quebrantos, segundo tomo de las memorias de Ermilo Abreu Gómez, publicado recientemente por Botas, contiene datos interesantes sobre los artistas y escritores de la ciudad de México hace cuarenta años.

• Sin pie de imprenta, se ha publicado recientemente un libro de 654 páginas que se presta para una serie de exámenes y meditaciones, es nada menos que el Catálogo de los espectáculos censurados por la Legión Mexicana de la Decencia de 1931 a 1958. La mayor parte de los espectáculos censurados son cintas cinematográficas. ¡Documentos maravilloso para el sociólogo y el estudioso de la moral social!

• El número de la revista Europe dedicado a México al fin ha aparecido. El principal responsable de esta edición, que tanto servirá para que se conozca más y mejor a nuestro país en el extranjero, es Max Aub.

• Luis Córdova entregará a la Universidad una colección de sus cuentos para la nueva serie de ficción que la editoral universitaria ha iniciado.



2